



El fenómeno religioso

Presencia de la
religión y de la religiosidad en
las sociedades avanzadas

El fenómeno religioso : Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas / coordinador, Eduardo Bericat Alastuey ; autores, Thomas Luckmann...[et al.]. – Sevilla : Centro de Estudios Andaluces, 2007

315 p. ; 23 cm.

Ponencias de las II Jornadas de Sociología celebradas el 13 y 14 de junio de 2007

ISBN 978-84-612-1521-8

I. Sociología de la religión.

I. Bericat Alastuey, Eduardo, coord. II. Luckmann, Thomas
316.74:2

Edita:

Centro de Estudios Andaluces, Consejería de la Presidencia, Junta de Andalucía

© Centro de Estudios Andaluces

Bailén, 50, 41001 – Sevilla

Tel.: 955 055 210

Fax: 955 055 211

www.centrodeestudiosandaluces.es

Primera edición, enero de 2008

ISBN: 978-84-612-1521-8

Depósito legal: SE-0004-08

ÍNDICE

Presentación

Eduardo Bericat Alastuey	11
--------------------------------	----

La secularización y el retorno de lo sagrado

<i>Reflexiones sobre Religión y Moralidad.</i> Thomas Luckmann	15
<i>La cohesión social y las formas públicas de la religión en las sociedades contemporáneas.</i> Rafael Díaz Salazar	27
<i>El escepticismo religioso y secular en Europa.</i> Eduardo Bericat Alastuey	41
<i>El postcatólico español y el pluralismo religioso.</i> Juan González-Anleo	57
<i>La evolución socio-religiosa en España en los últimos 30 años: una aproximación empírica.</i> Javier Elzo Imaz	79

El poder de las identidades religiosas

<i>Las relaciones entre religión y política en el desarrollo de la sociedad contemporánea.</i> Alain Touraine	99
<i>La identidad islámica: el poder del Islam en la configuración del Estado.</i> Gema Martín Muñoz	107
<i>Identidades culturales e identidades europeas.</i> Carlota Solé Puig	121

La religiosidad en las sociedades avanzadas

<i>Todo lo que existe no se desvanece en el aire. Sobre la religiosidad como forma ideológica de la ambivalencia.</i> Gerhard Steingress	139
<i>La muta religiosa.</i> Andrés Canteras Murillo	153
<i>Congregaciones cristianas respondiendo a la migración.</i> Ángeles Escrivá Chordá	169
<i>La Disonancia cognitiva y los creacionistas estadounidenses.</i> Hans van den Broek	181

La configuración religiosa de los fenómenos sociales

<u>Las creencias religiosas en la definición de los modelos matrimoniales.</u> <u>Mercedes Camarero Rioja</u>	<u>199</u>
<u>La religación de la sexualidad y la espiritualidad humanas versus el culto</u> <u>neopatriarcapital al cuerpo. Isabel Aler Gay</u>	<u>217</u>
<u>Del viaje sagrado a la sacralización del viaje. Apuntes sobre los elementos</u> <u>religiosos del turismo. Julio Alfonso del Pino Artacho</u>	<u>237</u>
<u>La espiritualidad y el miedo en la crisis ecológica actual.</u> <u>José Manuel Echavarren Fernández</u>	<u>253</u>

La religión en las ciencias sociales

<u>Historia y evolución de los conceptos iglesia y secta en sociología.</u> <u>Pedro Castón Boyer y Maria del Mar Ramos Llorente</u>	<u>269</u>
<u>Secularización, extinción y eterno retorno de las religiones. Reflexiones desde</u> <u>la antropología social. Manuela Cantón Delgado</u>	<u>289</u>
<u>La secularización en entredicho: la revisión de un debate clásico de la sociología.</u> <u>Valeriano Esteban Sánchez</u>	<u>299</u>

El poder de las identidades religiosas

LAS RELACIONES ENTRE RELIGIÓN Y POLÍTICA EN EL DESARROLLO DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

ALAIN TOURAINE

CENTRO DE ANÁLISIS E INTERVENCIÓN SOCIOLOGICA. PARÍS

Es un reto para mí hablar de la religión porque, aunque no es el ámbito de mi trabajo, después de haber terminado mis últimos libros pensé que había llegado el momento, que le suele llegar a un sociólogo a cierta edad, de escribir sobre religión. Lo he intentado en alguna ocasión, pero nunca quedé convencido del resultado final. Espero tener ahora la inspiración divina o "laica" que me permita poder dedicar la última parte de mi vida a este tema, aunque ciertos conceptos en este campo son un tanto contradictorios.

Hay un camino corto y sencillo para tratar el tema que nos interesa, la influencia recíproca entre las iglesias y la política. Actualmente se habla mucho del Islam pero nada del Cristianismo, al menos en mi país. ¿Puedo yo utilizar la palabra Islam? Francamente, creo que no; para mí es una palabra prohibida. ¿Cristiandad? ¡Horror! ¿Cristianismo? No sé lo que significa. ¿Quizás se refiere a una sociedad con raíces cristianas como afirman los europeos, incluso los franceses, aunque no oficialmente? Yo creo que nuestra tarea es romper estos falsos conceptos, que son hechos históricos pero que no sirven para el análisis. No creo que nadie sepa lo que significa la palabra Islam, que puede referirse a una zona geográfica religiosa, a una fuerza político-militar, etc. Casi siempre nos referimos al mundo árabe, o a Turquía, pero rara vez se hace referencia al África Occidental y nunca a Indonesia o al África Subsahariana. Creo que la utilización de estos términos constituye un camino corto y más cómodo pero que nos conduce a un callejón sin salida.

En este sentido considero que lo más razonable es tomar como método de análisis, al menos en la primera parte de mi ponencia, el tema de la diferenciación institucional, porque es la mejor manera de ubicar el asunto de la influencia recíproca entre política y religión. Es importante tomar como punto de partida las situaciones de mayor influencia política y social de lo religioso, referidas a la asociación de pueblos –más que de naciones–, como son los casos de los campesinos judíos, los campesinos polacos o los rusos. Estos pueblos son minorías y víctimas cuando sus comunidades están dominadas por las categorías religiosas, el antisemitismo en general o anti-minorías religiosas, ofreciendo aspectos de enorme dramatismo, del mismo modo que está aconteciendo en nuestro siglo en varios países y en varios continentes. En este caso, la religión tiene el mayor poder, la mayor influencia política y social, cuando no está considerada como religión sino como definición de una comunidad multidimensional. Esto indica –tal y como desarrollaré en esta primera parte de mi exposición– que todo el proceso que estamos viviendo es un proceso de diferenciación, que consiste en la pérdida de influencia de la religión, de tal manera que, en el

mundo occidental más o menos ilustrado, la religión se define más bien por su ausencia o pérdida (pacíficamente o no), por su influencia política o por un proceso de humanización internacional de los valores del humanismo moderno.

En nuestro entorno estamos acostumbrados a una situación donde el poder político y el poder religioso están fuertemente unidos, simbolizados por el Rey o el Emperador, que reúnen la naturaleza religiosa, sacra, y política en su figura. Nunca las monarquías absolutas llegaron a un control total de esta unión. En el siglo XII comenzó un proceso más importante todavía, la guerra entre la Iglesia Católica del Papa y el Emperador o Rey. Esta lucha es parte de la definición del mundo occidental. La religión en nuestros países se ha definido como el enemigo del Estado, después Estado-Nación, y más tarde otro tipo de Estado. Somos parte de una historia política dominada por la formación del Estado, de la sociedad industrial, de la sociedad económica del capitalismo, pero la transformación general de nuestro mundo consiste en la ruptura de la comunidad, la institucionalización de varios tipos de poderes: el político, el judicial, el militar, etc. Dentro de este proceso, la religión, cualquiera que sea, con pocas excepciones, pierde la batalla siempre.

La historia moderna de Europa, desde las primeras batallas entre el Emperador germánico y el Papa, y posteriormente en Italia (entre gibelinos y güelfos), es realmente un proceso de destrucción del carácter global y comunitario de la religión. En este sentido, toda la historia europea es una historia del progreso de la laicidad, del laicismo, de la secularización. No se puede hablar de la religión en Europa sin tomar en cuenta previamente que esta religión, a pesar de las apariencias, a pesar de estar muy arraigada en nuestra sociedad, se ubica claramente dentro de un proceso de retroceso, que tiene como finalidad, aunque quizás no de forma consciente, la separación creciente entre lo público y lo privado. De modo que, en Francia, la Iglesia Católica estaba dividida entre los que eran favorables al Papa y los que triunfaron con la Revolución Francesa, que querían dar prioridad a la multidimensionalidad de una situación nacional, por no hablar del fenómeno luterano de las iglesias oficiales, ubicadas en países tan laicos como los demás, o incluso el caso inglés, que no es muy diferente, a pesar del carácter aparentemente nacional del anglicanismo.

En los países de tradición católica, la historia moderna es una historia de guerras entre religiones o guerras contra la religión. El Occidente europeo es, en su historia, básicamente antirreligioso. La Monarquía absoluta que instigó las guerras de religión durante dos siglos al menos, con una violencia increíble entre protestantes y católicos, dio paso al triunfo de lo político, de una monarquía o de una república, según el caso, y a un proceso constante de marginación o eliminación de lo religioso. Por el contrario, la imagen opuesta del viejo continente cristiano es una visión muy aceptada, muy difundida, que no es necesario defender. La historia política, la historia intelectual y, en gran parte, la historia social están claramente dominadas por el movimiento antirreligioso, anticristiano, con algunas reacciones violentas de las fuerzas religiosas, como en el caso de España, que intervienen más bien como expresión religiosa de fuerzas que no son básicamente religiosas sino sociales, políticas o militares. El

caso de Francia es un caso extremo y muy conocido: dos siglos de guerra en torno a la escuela, no del pueblo sino de la clase media, que enfrenta a la escuela católica y a la escuela laica en la formación de los "cuadros de la nación", como diría Jules Ferry. Una guerra que llega a su expresión extrema con el caso Dreyfus, cuando la Iglesia Católica, junto al Ejército y la parte más conservadora y nacionalista de la opinión pública, forman un bloque contra la nueva clase media, los intelectuales, los judíos, etc., en el marco de la lucha política. El aspecto religioso es importante, simbolizando una tradición del poder social traducido en poder político de las elites basadas en la riqueza de la tierra y otros sectores.

La historia del mundo occidental es una historia política. Hemos aprendido a pensar el mundo con categorías políticas a partir de Machiavelli, Thomas More o Jean Bodin, hasta el momento en el cual, como alguien dijo, Dios ha muerto, y las categorías religiosas dejaron de ser las más significativas para construir una visión de la sociedad. De modo que, durante dos o tres siglos hemos vivido con categorías estatales, políticas. Todos los grandes autores, al tratar los problemas sociales, hablaron de filosofía política o de derecho. De Hobbes y Rousseau a Tocqueville y, parcialmente, Stuart Mill, las categorías más centrales, más útiles, son las categorías políticas. La religión tiene un papel, o bien subordinado o bien marginal, cuando no tiende a ser eliminada directamente. El gran cambio a partir del siglo XIX –en el caso francés en unos pocos meses de 1848; en Inglaterra entre 1840 y 1860– es la transformación básica de nuestra sociedad moderna, que pasa a subordinar las categorías políticas a las categorías económico-sociales, proceso que Marx y los liberales explicaron muy bien. A partir de este momento, el gran problema es la autonomía de la sociedad civil, del capitalismo, del sistema económico. A partir de mediados del siglo XIX, el mundo religioso tiene un papel muy limitado y en ciertos casos, no en todos, se encuentra tan debilitado que se identifica con fuerzas de resistencia o fuerzas de lucha antimoderna, antisocialista, etc. que conocemos muy bien, por la experiencia de países como España, entre otros.

En resumen, hablar de lo religioso, al menos en nuestro entorno occidental, es hablar del proceso de eliminación progresiva, casi total, del papel de la religión, de las iglesias e instituciones religiosas como parte del proceso de cambio. El mundo árabe conoció más o menos la misma evolución, y muy recientemente hemos asistido en su ámbito a un gran movimiento de secularización y de creación de nacionalismos laicos. No está tan lejos el mundo de Atatürk o Nasser, de los Palevi, de los Basistas, la independencia de Argelia, etc.

Nos hemos acercado con este recorrido al tema de la diferenciación institucional, otorgando el papel central primero al aspecto político, posteriormente al económico y social, y finalmente, como se presentará más adelante, al mundo cultural, al mundo de la vida personal o de la intimidad, como dice Giddens. Por tanto, nuestra historia consiste en un proceso de diferenciación que da una importancia creciente a lo político, después a lo socio-económico y más tarde a lo socio-cultural o personal. Al final de este proceso nos encontramos con un mundo secularizado, según defiende la mayoría. Personalmente, nunca empleo esta palabra porque no creo en la secularización, sino que creo que más bien se trata de un proceso de

humanización, de interiorización de lo sacro, del principio creador de la vida personal y colectiva, y que en lugar de creer en un dios, en una filosofía de la historia, estamos cada vez más convencidos de la importancia central de los derechos humanos, expresión desaparecida con la Revolución Industrial y la dominación marxista o liberal, y que ahora se encuentra en pleno auge. Generalizando, podemos decir que se ha acabado el momento de las religiones y se va desarrollando cada vez con más fuerza el período de los derechos humanos, el juicio moral y la defensa por razones universalistas de los seres humanos, pertenezcan éstos a una mayoría o a una minoría.

La importancia de lo religioso en todos sus aspectos depende del éxito de este proceso, de la victoria de lo político, de lo estatal, de lo económico, de lo moral. No hay ninguna razón para que este proceso siga siendo cada vez más laico. Esta transformación que acabo de describir ha sido limitada en todas partes del mundo a un sector concreto como la vida política, la democracia representativa, y ha sido dominado en gran parte por una clase media amplia que puede incluir a parte del proletariado. Hay elementos importantes en el entorno occidental o dominado por Occidente que no son incorporados, y cada vez hay más gente que no está incorporada.

Este proceso ya no puede ser frenado ni destruido por otras fuerzas. Pero su desarrollo ha determinado un proceso opuesto, es decir, el de la colonización y la formación de una sociedad de clases, y, posteriormente, la formación de una sociedad de cultura de masas. Estos tres fenómenos, dentro de esta evolución que acabo de mencionar en su aspecto positivo, se han desarrollado con la misma fuerza pero en sentido opuesto, de tal manera que estamos actualmente en una situación en la cual los dos procesos tienen la misma fuerza. Nadie puede vaticinar quien va a ganar la batalla final en el supuesto de que se lleve a cabo la misma. Tal vez se dé una destrucción por ambos lados, pero por el momento lo que estamos observando, incluso en nuestro entorno, es un progreso muy rápido del movimiento anti-moderno, contra la diferenciación institucional, de destrucción del Estado como factor principal de cambio, de destrucción de lo económico, destrucción de este proceso de interiorización y humanización que hemos desarrollado a partir del siglo XV.

Hace veinte o treinta años era difícil aceptar esta idea que estoy exponiendo de manera muy prudente, porque después de la II Guerra Mundial el proceso de descolonización, especialmente en los grandes países de la Commonwealth, daba como resultado estados y éstos contaban con todos los recursos, sin que nadie los tuviera fuera del Estado. El hecho principal a partir de mediados de los años 70, cuando empieza a perder control el Estado y empieza a ganar terreno el movimiento neoliberal, es que el Estado resiste de una forma u otra en los países antiguos, pero no así en los nuevos, donde su fracaso es casi general. Se da una dependencia económica en el caso de Latinoamérica debido a una dualización de la sociedad por razones económicas, que conduce a la debilidad del Estado, a su mantenimiento a través de alianzas con viejas oligarquías, etc., en una palabra, a través de la corrupción. El tema de la corrupción y la economía ilegal en América Latina lo traté en un libro voluminoso, donde no

se me ocurrió incluir ningún capítulo sobre drogas. Hoy en día es impensable escribir sobre algún lugar del mundo sin tocar el tema de la economía ilegal, del poder corrupto, la policía corrupta, el bandidismo oficial o antioficial, etc.

Hay que reconocer que a día de hoy el proceso de diferenciación institucional, de formación de un Estado, de una economía racional, de una sociedad civil, de una moralización interna (de la religión o de la espiritualización de lo sacro), etc., tal vez gana fuerza en algunas partes, pero básicamente está dominado cada vez más por la tendencia opuesta. No afirmo con esto que haya un movimiento hacia la religión, hacia la comunidad primitiva, pero sí que se da una visión negativa de lo político, de lo económico y de lo social que, aunque no crea una reacción comunitaria religiosa, sí produce cada vez más movimientos religiosos o no, de reacción contra un orden mundial dominante basado en este proceso de diferenciación institucional. De tal manera que, por ejemplo, inmediatamente después de Nasser, de la victoria de Israel y de la corrupción de varios regímenes en diversos países, aparece Jomeini, aunque éste y la República Islámica no son básicamente hechos religiosos. Una prueba de ello es que muchos de los jóvenes que se entusiasmaron con Jomeini y se sintieron después decepcionados, se suicidaron durante la guerra, convertidos en mártires de esos primeros años; se trataba de jomeinistas que no aceptaron la realidad humana de la política iraní, muchos de ellos jóvenes de 13, 14 ó 15 años que fueron mártires del Islam chiíta en la guerra contra Irak. En el actual Irán, existe una visión estratégica y política de las relaciones con EE. UU. e Israel, y del país en Oriente Medio, pero con un lenguaje y una base religiosa cada vez más frágil, pues la juventud iraní vive más en Internet que en su país. Ante la pregunta que formulé a ciertos dirigentes de este país sobre qué pasaría si la república dejara de ser islámica, la respuesta de todos ellos fue contundente: golpe militar de Estado en veinticuatro horas, lo que indica una actitud de reacción, igual que la de la gente que se pone a la defensiva o reacciona agresivamente encerrándose en un todo que es religioso, político, social, pero al margen del sistema de control mundial.

Quisiera seguir la misma evolución, pero esta vez no en el mundo islámico sino en nuestro entorno occidental, bajo dos aspectos que son muy importantes. El "9/11", como dicen los americanos, es realmente una fecha importante, y las consecuencias se vieron en el año 2003. Estuve en Nueva York desde febrero hasta abril de ese año y pude contemplar la preparación y el comienzo de la guerra en EE.UU. Desde un punto de vista sociológico es una experiencia increíble. Ahora comprendo mejor lo que nos cuenta la gente que, como Raymond Aron, estaba en Alemania en 1933. En pocas semanas un país que hablaba de economía, tecnología, multilateralismo, que se sentía orgulloso de su sistema de opinión pública, se transformó en un país que sólo hablaba de religión y guerra, y donde la opinión pública había desaparecido literalmente. Yo leía todos los días, para tener noticias sobre EE.UU., *El País* y *La Repubblica*, ya que *Le Monde* es más difícil de encontrar. Podía así comprobar que tanto la prensa norteamericana como el Partido Demócrata mantenían un mutismo total acerca de reuniones y concentraciones en Washington o San Francisco. Este es un hecho fundamental

y Bush es el resultado de esta situación. En definitiva, creo que no se puede hablar de una vuelta a la religión, porque el camino de Bush no es muy distinto del de Carter en ese aspecto. No hay que pensar en términos de religión o de denominación religiosa, sino que, más bien, se genera una reacción defensiva –visible en el centro del país, no en las costas este y oeste– que apela a una historia, a un nosotros, una sociedad, una cultura, etc., que ya ha tenido una influencia considerable, que no se preveía en principio, y que no sabemos lo que va a durar, pero cuyos efectos permanecerán, y no en pequeñas cantidades precisamente. Lo fundamental, por tanto, es este proceso de antidiferenciación institucional, de volver a un espíritu comunitario donde se defina por encima de todo un “nosotros” y un “ellos”.

El segundo aspecto realmente extremo del mundo occidental es el caso de jóvenes integrados perfectamente en nuestra sociedad, estudiantes de universidades e instituciones tecnológicas, que se convierten en terroristas o mártires, como se les quiera llamar. Estoy pensando en lo que aconteció en Hamburgo con esos jóvenes, ciudadanos occidentales que dejaron de serlo y que se trasladaron a Afganistán transformándose en miembros de Al-Qaeda o de otros grupos terroristas. No se trata de un movimiento de defensa islámica, como los talibanes, sino de la presencia –más visible en Inglaterra, pero también en EE UU y otros países– de algunos miembros de la sociedad occidental que dejan de identificarse con esta sociedad y pasan al otro lado como producto de una lógica que es exactamente la contraria de la lógica de diferenciación institucional.

Nuestra historia fue hacia dentro, pero ahora estamos en un mundo en el cual todos vivimos hacia fuera, por emplear los términos de los antiguos economistas de la CEPAL en Latinoamérica. No hablamos hacia dentro en el sentido humanista, o en el sentido de las luces, o de la Ilustración, o de la novela o de la pintura. Estamos dentro del mundo occidental, dentro de otros mundos también, pero básicamente dentro de este mundo occidental. Estamos cambiando totalmente de actitud cuando dejamos de mirar hacia nosotros. Cuando lo hacemos, en el mismo momento que estamos mirando hacia dentro, hacia nuestro cuerpo, nuestra vida espiritual, o física o sexual, estamos mirando hacia fuera pensando que el mundo exterior no es el mundo dominado sino el mundo de la amenaza, y con la idea cada vez más común de que ya es demasiado tarde, de que la batalla ya está perdida, de que este modelo occidental va a desaparecer por muy diversas causas: una crisis de tipo ecológico, una dominación exterior procedente de China, una catástrofe o una guerra de un tipo u otro. Hay que hablar de religión en ambos casos. El concepto de religión es central para explicar este doble proceso hacia delante y hacia atrás.

Mi conclusión por tanto es un comentario que hace referencia a mis primeras palabras: para entender lo religioso no se puede hablar de religión y mucho menos de lo sacro. Para entender el fenómeno, hay que pensar, como siempre en el ámbito de la Sociología, con unas categorías de análisis que no son las categorías del objeto mismo, sino otro tipo de categorías, que, sin embargo, nos permiten también entender el significado subjetivo de las conductas de parte del actor. Aunque explicar esto nos llevaría demasiado lejos, si fuera posible trataría

al menos de describir cómo estas categorías no religiosas que he empleado, corresponden a categorías de la experiencia en un nivel profundo, no solamente en el orden de la "Erlebnisse" (vivencia) sino en el de la conciencia de sí mismo, de tal manera que yo creo que es la experiencia central que tenemos todos. Estamos viviendo nuestra vida con categorías que son cada vez más morales, legales, jurídicas, espirituales, que son categorías hacia dentro, en un mundo que analizamos y que reconocemos como dominado por el proceso opuesto.

En realidad, estamos viviendo una doble vida, en el sentido de que cuando miramos hacia dentro, tenemos la visión que traté de presentar en la primera parte de mi ponencia. Y cuando miramos al futuro, o al mundo en su conjunto, estamos ya dominados por la visión opuesta. Sinceramente no creo que las instituciones religiosas tengan el poder de reunificar estas dos tendencias, ni en el Islam ni en ninguna otra parte. En el mundo cristiano abundan estudios, más que en ningún otro entorno, que indican muy claramente que las instituciones religiosas están en declive, mientras que un mundo religioso interior e individualizado, emocional, espiritual, etc., va adquiriendo una mayor relevancia.

Nadie piensa que vamos a ser dominados por el Islam, pero sí somos conscientes del peligro de una bomba atómica de Irán o del creciente protagonismo de la China de fin de siglo, etc. Vivimos en un mundo que, en cierto modo, es el punto final de esta diferenciación. Pero esta diferenciación institucional no está controlada por su propio movimiento y su propia capacidad de manejar una separación de los poderes, sino que ya está fuera de control y sabemos muy bien que ya no tenemos la posibilidad, la capacidad, de reincorporar en nuestra cultura, en nuestra vida política y social, ese control que convierta en un solo proceso nuestra vida y la vida de los demás. En ese sentido, la vieja afirmación, a la que no quiero recurrir, de "la crisis de Occidente" –pero que es la imagen predominante después de la I Guerra Mundial– se ha ampliado. Me atrevería a afirmar que esa duda histórica y metafísica se ha acrecentado con el nazismo, las dictaduras comunistas, etc. y todo ello ha generado una pérdida de confianza en la historia, realmente el elemento central de la visión del mundo que todos tenemos. Creo que por este motivo la visión catastrofista, a veces exagerada, corresponde más a nuestra conciencia que a cualquier otra visión del mundo, siendo esta visión catastrofista exactamente la visión antirreligiosa.

ISBN: 978-84-612-1521-8



9 788461 215218